

ALFAGUARA

Joyce Carol Oates

Riesgos de los viajes en el tiempo

Narrativa Internacional Traducción de José Luis López Muñoz



SÍGUENOS EN
me gustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Stig Björkman
y para
Charlie Gross*

El «uno mismo» no es más que un recurso para representar cierto sistema de respuestas funcionalmente unificado.

B. F. SKINNER, *Ciencia y conducta humana*

No hubiesen venido a buscarme, pero, ingenuamente, hice que se fijaran en mí. Me atreví, adrede, a hacer lo que no tenía que haber hecho.

Utilicé mi libre albedrío pero con un cálculo erróneo. O, más bien, sin calcular: sin pensar. Por vanidad y estupidez; y ahora estoy perdida.

A veces, de rodillas, en una postura de oración, soy capaz de atravesar la «barrera del censor»... Soy capaz de recordar...

¡Pero me duele tanto la cabeza! Es un esfuerzo titánico: algo así como luchar contra la gravedad en Júpiter.

Por mi condición de Exiliada tengo prohibido hablar con nadie de mi sentencia o de mi vida antes del Exilio, así pues mi soledad es doble.

Aunque pocas veces me falta compañía en este sitio extraño, me siento muy sola y no estoy segura de poder perseverar.

Mi condena es de «solo» cuatro años. Podría haber sido «perpetua».

O podría haber sido Aniquilación.

De rodillas noche tras noche, mientras me esfuerzo por recordar, por recuperar mi antiguo yo, perdido, trato de sentirme agradecida por que mi condena no haya sido Aniquilación.

Y también trato de agradecer que no detuvieran además a alguien de mi familia como colaborador/facilitador de la Traición.

I. Primera de la clase

Las Instrucciones

1. En la Zona Restringida, al Individuo Exiliado (IE) se le permite un radio máximo de desplazamiento de quince kilómetros, con epicentro en su residencia oficial. Esa residencia solo se puede cambiar mediante recurso ante la Oficina Disciplinaria de la Seguridad Nacional en el Exilio (ODSNE).
2. Al IE se le prohíbe cuestionar, impugnar o desobedecer en modo alguno a cualquier autoridad local de la Zona Restringida. Al IE se le prohíbe identificarse, excepto de la manera establecida por la ODSNE. Al IE se le prohíbe proporcionar «conocimiento del futuro» en la Zona Restringida o buscar o tratar de localizar «parentela».
3. Al IE se le proporcionará un nombre nuevo, que es innegociable, y una «partida de nacimiento» apropiada.
4. Al IE se le prohíbe iniciar relaciones «íntimas» o «confidenciales» con ningún otro individuo. Se le prohíbe igualmente procrear.
5. Al IE se le identificará como «adoptado» por unos «padres adoptivos» que ya habrán «fallecido». Al IE se le identificará como desprovisto de cualquier otro familiar. Esa información constará en su registro oficial en la Zona Restringida.
6. Al IE se le vigilará en todo momento durante su Exilio. Queda entendido que la ODSNE puede revocar en cualquier instante los términos del Exilio y de la condena.
7. El incumplimiento de cualquiera de estas Instrucciones por parte del IE se traducirá en su Aniquilación

inmediata.

Aniquilación

IA: Individuo Aniquilado.

Si te aniquilan, dejas de existir. Se te «vaporiza».

Y si te aniquilan, se aniquila además todo recuerdo tuyo.

Tus efectos personales y tu herencia pasan a ser propiedad de los EAN (Estados de América del Norte).

Una vez que hayas dejado de existir, a tu familia, incluso a tus hijos si los tienes, se les prohibirá hablar de ti o recordarte bajo ningún pretexto.

Como se trata de un tabú, no se habla de Aniquilación. Sin embargo, todo el mundo sabe que, además de ser el más cruel de los castigos, la Aniquilación siempre pende sobre uno.

Ser Aniquilado no equivale a ser Ejecutado.

La Ejecución es un tema de educación pública. No es un secreto de Estado.

Cierto porcentaje de ejecuciones, bajo los auspicios del Programa Federal de Ejecuciones Educativas (PFEE), se retransmiten por televisión al pueblo, con el propósito de educarlo moralmente.

(En la cámara de ejecución, diseñada para que parezca un quirófano, los agentes carcelarios atan a una camilla al IC [Individuo Condenado]; luego, miembros de la dotación de la cárcel, con uniformes blancos de «enfermeros», administran al IC una dosis letal de veneno, mientras, desde sus hogares, millones de espectadores contemplan el espectáculo por televisión.)

(Nosotros no veíamos las ejecuciones. Aunque la situación de mi padre era ya de IM [Individuo Marcado], y de vulnerable por su Clasificación de Casta [CC], ni papá ni mamá permitían que se encendiera el televisor durante las

Horas de Ejecuciones que solían programar varias veces por semana. En sus tiempos de instituto, Roderick, mi hermano mayor, ponía objeciones a aquella «censura», alegando que, si sus profesores analizaban en clase el aspecto educativo de una Ejecución, no estaría en condiciones de participar y destacaría como «sospechoso»; pero su argumento no convenció a nuestros padres para que encendieran el televisor en esos casos.)

La Aniquilación es algo completamente distinto, porque, si bien la Ejecución está abierta a un debate público, el simple hecho de aludir a una Aniquilación es un delito federal tan digno de castigo como la Incitación a la Traición.

Eric Strohl, mi padre, había sido un IM desde antes de que yo naciera. En su calidad de joven médico residente en el Centro Médico de Pennsboro, se había visto sometido a observación como persona de mentalidad científica, porque se daba por sentado que individuos como él «pensaban por sí mismos», una notoriedad que nadie hubiera querido para sí. Por añadidura, a papá se le acusaba de asociación con un IS (Individuo Subversivo) bajo vigilancia, que más adelante sería detenido y juzgado por Traición. Aquel individuo hablaba a un pequeño grupo en un parque público; papá se había limitado a escucharlo comprensivo cuando una «redada» de la Seguridad Nacional los capturó a él y a otros allí presentes... y la vida de mi padre cambió para siempre.

Se le apartó de su puesto de residente en el centro médico donde trabajaba. Aunque poseía una licenciatura en medicina, con formación especial en oncología pediátrica, solo encontró trabajo mal remunerado como auxiliar de enfermería en el mismo centro, donde lo mantuvieron en cuarentena permanente para que nunca se le permitiera ya «ejercer» de médico. Aun así, mi padre nunca se quejó (en público); solía decir (en público) que se consideraba afortunado por no estar en la cárcel y por seguir vivo.

De cuando en cuando los IM estaban obligados a repasar sus delitos y el castigo correspondiente y a expresar (en público) gratitud por su exoneración y empleo actual. En tales

ocasiones, papá respiraba hondo y, como él decía, *canjeaba su alma una vez más*.

¡Pobre papá! Tenía tan buen humor en casa que no creo que me diera cuenta de lo mal que lo pasaba. De lo *destrozado* que se sentía.

En nuestra familia se daba por hecho que no hablábamos de la situación *per se* de papá, pero al parecer se nos permitía —es decir, no se nos prohibía expresamente— aludir a su estatus de IM de la manera en que se podría mencionar una dolencia crónica de un miembro de la familia, la esclerosis múltiple, por ejemplo, o el síndrome de Tourette, o una tendencia a los accidentes raros. Ser IM era algo *vergonzoso, embarazoso, potencialmente peligroso*, pero dado que se trataba de una categoría delictiva (relativamente) menor comparada con otras mucho más graves, no se consideraba delito de Traición reconocer su existencia. Pero, incluso así, papá corría peligro.

Porque uno de los recuerdos que me vienen a la memoria, claro e independiente, como un sueño perturbador que reaparece de pronto a la luz del día, es cómo en cierta ocasión, cuando no había nadie en casa excepto nosotros dos, papá me llevó escaleras arriba hasta una habitación en el ático que, para mí, siempre había estado cerrada con un candado; y en aquel cuarto papá sacó —de debajo de una lama suelta de la tarima, cubierta además con una alfombra raída— un montón de fotografías de un hombre que me resultó extrañamente familiar, pero al que no conseguía ubicar.

—Es tu tío Tobias, al que aniquilaron cuando tú solo tenías dos años.

Por aquel entonces yo ya había cumplido los diez. Mi yo perdido de los dos años de edad era irrecuperable. Con voz temblorosa, papá me contó que su «insensato y muy querido» hermano pequeño Tobias vivía con nosotros mientras estudiaba medicina, pero había llamado la atención del FBE/FBI —como se conocía a la Oficina Federal de Examinadores, Oficina Federal de Inquisidores— cuando un Primero de Mayo ayudó a organizar una manifestación

en favor de la libertad de expresión. A los veintitrés años a «tu tío Tobias» lo detuvieron en esta misma casa, se lo llevaron, fue supuestamente juzgado y... Aniquilado.

Es decir, «vaporizado».

—¿Qué es eso, papá? ¿«Vaporizado»? —aunque sabía que la respuesta iba a entristecerme, tenía que preguntarlo.

—Nada más que... desaparecido, cariño. Como cuando se apaga una llama.

Yo era demasiado pequeña para captar en los ojos de mi padre el dolor de aquella pérdida.

Porque a menudo papá tenía esa misma expresión. Agotado por su trabajo en el hospital, con la piel cenicienta y una cojera en la pierna derecha, a raíz de algún accidente después del cual el hueso no se le había soldado como es debido. Aun así, papá tenía una manera de sonreír que hacía que todo pareciera ir bien.

¡Solo nosotros, chicos! Aquí estamos, resistiendo.

Aunque ahora mismo papá no sonreía. Me daba un poco la espalda, (quizás) para que no notara que se estaba secando las lágrimas.

—No se nos permite «recordar» a Tobias. Y menos aún, desde luego, proporcionar información a un niño. ¡Ni enseñarle fotografías! Me podrían detener... si alguien se enterase.

Con *alguien* papá se refería al Gobierno. Aunque nadie decía esa palabra, *Gobierno*. Tampoco se utilizaban las palabras *Estado* ni *Dirigentes Federales*. Estaba prohibido utilizar palabras como aquellas, así que, tal y como hacía papá, se hablaba de manera vaga, con una mirada furtiva... *Si alguien se enterase*.

O podías decir *Ellos*.

Podías pensar en *alguien* o en *ellos* como en un cielo encapotado. Un cielo muy bajo con esas grandes nubes semejantes a dirigibles, de las que se rumoreaba que eran instrumentos de vigilancia, formas esculpidas como grandes barcos, a menudo de tonos amarrotados y tornasoladas por la contaminación, que se movían de forma imprevisible pero siempre estaban *ahí*.

En la planta baja, cerca de nuestros aparatos electrónicos, papá nunca habría hablado con tanta claridad. Por supuesto, jamás te fiarías ni de tu ordenador —por muy cordial y guturalmente seductora que fuese su voz—, ni de tu móvil, ni de tu lápiz dictáfono, ni tampoco de termostatos, lavaplatos, microondas, llaves de coche o automóviles (autónomos).

—Pero echo de menos a Toby. Todo el tiempo. Cuando veo estudiantes de medicina de su edad... Echo de menos cómo habría sido para ti y para Rod un tío maravilloso.

Todo aquello me resultaba confuso. Había olvidado las palabras de papá: *¿Vaporizado? ¿Aniquilado?*

Pero me daba cuenta de que no tenía que seguir preguntándole en aquel momento, porque se pondría aún más triste.

Emocionante ver fotografías de aquel «tío Toby» que mi hermano y yo habíamos perdido y que parecía algo así como una versión más joven de mi padre: la peculiar sonrisa del tío Toby, entre la bizquera y el ceño fruncido, se parecía mucho a la de papá. Y la nariz era larga y estrecha como la suya, con un bulto diminuto en el hueso. ¡Y los ojos! De color castaño oscuro, brillantes, como los míos.

—El tío Toby parecía *divertido*.

¿Era una estupidez decir aquello? Me arrepentí de inmediato, pero papá se limitó a obsequiarme con una sonrisa triste.

—Sí. Toby era *muy divertido*.

Papá me dijo que había tratado de advertir a su hermano sobre los peligros de participar en cualquier manifestación relacionada con la libertad de expresión o el Primero de Mayo. Incluso durante lo que había parecido ser una temporada de distensión (relativa) por parte de la Oficina Nacional para la Divulgación de la Seguridad Pública; durante periodos como aquel, el Gobierno era menos riguroso en la aplicación de las normas de seguridad pública, si bien, como creía papá, no dejaba de vigilar y recabar información sobre disidentes e IS (Individuos Subversivos) poten-

ciales, para usarla en el futuro. *Nada se olvida nunca*, advertía papá.

En ocasiones como aquellas, circulaban rumores de un «deshielo» —de una «nueva era»— porque, como decía papá, la gente siempre está deseosa de creer las buenas noticias y de olvidarse de las malas; la gente quiere ser «optimista» y no «pesimista», pero los «deshielos» forman parte de ciclos y se acaban pronto, por lo que dejan a los incautos, sobre todo jóvenes e ingenuos, expuestos a ser descubiertos y detenidos y... a lo que venga después de la detención.

A raíz de la desaparición de mi tío Toby (así era como la llamaban), se presentaron en casa funcionarios de la policía y se llevaron sus libros de medicina, sus cuadernos de laboratorio, su ordenador personal y sus dispositivos electrónicos, etcétera, así como todas las fotografías suyas en formato digital o en papel que pudieron encontrar; pero papá había logrado esconder unas cuantas cosas, con gran peligro para su seguridad personal.

—No estoy orgulloso de mí mismo, cariño —fue lo que dijo—. Pero comprendí que, de puertas afuera, sería más prudente «repudiar» a mi hermano. Para entonces ya había sido Aniquilado, así que no tenía sentido defenderlo ni protegerlo. Creo que resulté muy convincente (y también tu madre) al jurar que no nos habíamos dado cuenta de que cobijábamos a un IS, a un traidor..., de modo que se limitaron a ponernos una multa.

Papá se pasó la manga de la camisa por la cara, para secarse el sudor.

—Una multa demoledora, en realidad. Pero tuvimos que agradecer que no nos derribaran la casa, como ocurre a veces en casos de Traición.

—¿Lo sabe mamá?

—Si sabe qué.

—Que están aquí las cosas del tío Toby.

—No. Mamá «sabe» que a mi hermano lo aniquilaron —me explicó papá—. Nunca habla de él, por supuesto. Quizá por entonces «supiera» que yo había conservado unas

cuantas cosas de Toby, pero sin duda lo ha olvidado a estas alturas, como probablemente habrá olvidado también qué aspecto tenía. Si te esfuerzas lo suficiente para *no pensar* en algo, y levantas una barrera mental en contra, y otras personas a tu alrededor hacen lo mismo, se puede «olvidar»... hasta cierto punto.

Pensé, muy decidida: *¡Yo no! Yo no voy a olvidar.*

Acaricé uno de los jerséis de mi perdido tío, suave lana oscura, apolillada. Y había también una camiseta blanca que amarilleaba, con el cuello dado de sí. Y un cuaderno del laboratorio de biología con la mitad de las páginas en blanco. Y un reloj de pulsera con correa extensible y esfera negra, con las manecillas detenidas para siempre a las dos y veinte de la tarde, que papá trató de revivir sin éxito.

—Ahora tienes que prometerme, Adriane, que nunca hablarás con nadie acerca de tu tío.

Asentí con la cabeza. *Sí, papá.*

—Ni con mamá, ni con Roddy. No debes hablar del «tío Toby» con nadie, ni siquiera conmigo.

Al ver el gesto de perplejidad en mi cara, papá me humedeció la nariz con un beso.

Recogió las cosas prohibidas y las volvió a guardar debajo de la tarima y de la alfombra raída.

—Será nuestro secreto, Adriane. ¿Lo prometes?

—Sí, papá. ¡Prometido!

De manera que sí. Sabía lo que era la Aniquilación. Sé lo que aún es.

No es probable que siga los pasos de mi tío Toby. Ya no estoy interesada en ser «diferente», en llamar la atención.

Tal como he jurado muchas veces, estoy decidida a cumplir con mi Exilio sin desobedecer las Instrucciones. Estoy decidida a volver un día con mi familia.

Estoy decidida a no ser «vaporizada»... y olvidada.

Me pregunto si debajo de la tarima del ático existirá un patético escondite de cosas mías, cepillo de dientes gasta-